

Mario Amorós, *Entre la araña y la flecha*, Santiago de Chile: Ediciones B, 2020, 380 páginas. ISBN: 978-956-60-5636-2

Tomás Manuel Fábrega, Licenciado en Historia de la Universidad Diego Portales.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9578-8096>

Como de costumbre, el historiador Mario Amorós nos entrega un nuevo libro en que demuestra su capacidad para transportarse al Chile pre-neoliberal y ofrecernos una instantánea de la época. En esta nueva publicación, mantiene su fidelidad con la historia reciente de nuestro país, pero a diferencia de sus obras más destacadas, como *Salvador Allende, la biografía* o *Miguel Enríquez: un hombre en las estrellas*, en esta oportunidad ofrece un libro temático y no biográfico.

Es un texto que escudriña en los antecedentes del golpe porque antes del hecho puntual y extraordinario, hubo mil días de sedición. A mitad de camino entre la crónica y la historiografía, el libro presenta un relato cronológico, mostrando casi día a día la voluntad insurreccional de la oposición a la Unidad Popular (UP). El libro se titula *Entre en la araña y la flecha* porque hace alusión a los dos extremos de la oposición al presidente Salvador Allende, el arácnido era el símbolo del Frente Nacionalista Patria y Libertad (FNPL), mientras que la flecha roja o falange es el emblema del Partido Demócrata Cristiano (DC).

El autor hipotetiza que hay corresponsabilidad en el golpe entre civiles y militares, los opositores a Allende compartieron estrategia, acciones sediciosas y recibieron aportes económicos desde Estados Unidos, el manantial económico del cual bebió toda la oposición. El golpe fue perpetrado por generales militares, pero fue planificado por generales civiles que lo dotaron de un mito fundacional. Durante los mil días de la UP, sus opositores señalaron que el gobierno pretendía destruir la nación e instaurar una dictadura. Sin embargo, según lo que se puede desprender de la lectura, estos argumentos legalistas y constitucionalistas solo fueron disfraces para encubrir la lucha de clases de la época.

El libro no se destaca por su marco teórico, sin embargo, hay algunos conceptos que apuntan en esa dirección. *Generales civiles* es uno de ellos. Por lo tanto, el texto se centra en el rol de los principales partidos políticos opositores, en el papel de la Corte Suprema, el Congreso Nacional, en los colegios profesionales y consorcios empresariales.

Como se sabe, ninguna acción armada se lleva adelante solo con mandos, por lo tanto, según la exposición de Amorós, la DC fue la infantería de asedio contra la UP, dotó de masas a la oposición y movilizó a las clases medias. Según el autor, la “flecha” fue un partido irreflexivo que llevó adelante una agenda de polarización de cuyos resultados también fue víctima.

Amorós apunta a que se ha investigado la violación a los DDHH pero, sin embargo, existe una paradoja porque se ha descuidado el derrocamiento del gobierno. Incluso algunos de estos generales civiles como Sergio Onofre Jarpa han recibido homenajes oficiales y no se ha construido una memoria oficial que los señale como golpistas.

Uno de los principales aportes del texto reside en que identifica distintos nudos y puntos de no retorno en la convivencia chilena antes del quiebre democrático. De esta manera, plantea momentos de inflexión en la relación DC-UP, en el ámbito constitucional, social y militar. Por ejemplo, el Caso de José Tohá fue un punto de inflexión en lo constitucional, porque a través de una acusación triunfante la oposición pudo destituir al equivalente al cargo de vicepresidente de la República.

Por otro lado, el 22 de agosto de 1973 se da el punto de no retorno político institucional con el acuerdo de la Cámara de Diputados que declaraba al presidente Allende como inconstitucional. Ello fue interpretado por propios y extraños como un aviso de luz verde para concretar el golpe. Por lo tanto, el punto de no retorno no fue la larga visita de Fidel Castro como muchos analistas del período lo han señalado.

Como plantea Amorós, visto con los ojos de la época es muy difícil imaginar que el gobierno hubiese transcurrido en paz. En especial porque desde la victoria electoral de Salvador Allende, el presidente Frei Montalva, el Partido Nacional y Estados Unidos quería evitar que Allende asumiese la presidencia. Entre estos dos últimos grupos, hubo una voluntad expresa de crear un abismo entre la Unidad Popular y los sectores DC proclives al entendimiento.

Amorós entrega una fotografía muy precisa del clima de la época y de sus principales bloques en pugna. Pues si bien la DC optaba por la “reconstrucción nacional”, el Partido Nacional por la “resistencia civil” y Patria y libertad por la “ofensiva civil”, todas estas eran diferencias tácticas. En cambio, en el seno de la Unidad Popular y la izquierda existían diferencias de carácter estratégico.

Aunque el título del libro alude tanto a Patria y Libertad como a la Democracia Cristiana, en lo fundamental es un libro que sirve como ejercicio de memoria para recordar el rol del grueso de la Democracia Cristiana antes del golpe de 1973. Además, el historiador contrasta de manera permanente la ideología “comunitarista” de la DC y sus planteamientos anticapitalistas con su papel como partido opositor. Asimismo, en la obra se expone cómo el Partido Demócrata Cristiano siempre cerró los diálogos con el ejecutivo e incluso, en algunas oportunidades, se negó a iniciarlos. Asimismo, Amorós explica que, aunque se hayan clausurado las conversaciones, Allende cedía a las presiones de la DC, pero ella ya no reconocía el gesto y exigía más.

El autor reconoce dos almas en la Democracia Cristiana. Desde el día uno en ese partido hubo distintos sectores, al inicio, un grupo numeroso planteaba apoyar el gobierno porque lo entendía como un gobierno de continuidad a los cambios iniciados por Frei Montalva en 1964.

La mayor parte de la DC en un comienzo estaba por la oposición constructiva a la Unidad Popular. Sin embargo, para mayo de 1972 esa postura era absolutamente minoritaria en el partido y dirigentes como Radomiro Tomic quedaron totalmente aislados. Al mismo tiempo, el autor plantea que la UP perdió la oportunidad con la Democracia Cristiana de concretar un acuerdo de gobernabilidad al comienzo.

Hasta abril de 1971 la Democracia Cristiana seguía equidistante, porque apoyaba verbalmente algunas reformas del gobierno. Sin embargo, a pesar de las coincidencias programáticas, la nacionalización del cobre fue casi el único acuerdo suscrito por el gobierno y la rama falangista de la oposición. Hasta mayo de ese mismo año la falange decía que más allá de algunos puntos de acuerdo en torno a la legalidad nada los unía a la derecha. Si bien el autor reconoce que las tomas de fundos fue un dolor de cabeza en la relación UP-DC, ya que el gobierno se negaba a reprimirlas, no aplica la teoría de los “dos demonios” porque no le asigna la misma responsabilidad en el golpe ni al MIR y ni al Partido Socialista como suelen hacerlo ciertas lecturas conservadoras del período.

En términos metodológicos, el autor a partir de una triangulación de fuentes como los diarios más importantes de la época, cartas, memorias de políticos, dirigentes gremiales y sociales construye un relato cronológico que está respaldado siempre por fuentes primarias. Además, trabajó dos archivos digitales recientes como son el Archivo Gabriel Valdés y el Archivo Patricio Aylwin. De esa manera, presenta fuentes valiosas como cartas privadas entre el presidente Allende y el dirigente demócrata cristiano a horas de la ruptura institucional. Igualmente, realizó entrevistas a protagonistas de la época como Roberto Thieme, dirigente de Patria y Libertad.

Desde su nacimiento Patria y Libertad señaló que deseaba ir más allá del fin de la UP porque deseaba un gobierno autoritario. Esta organización creció al amparo de Radio Agricultura y *El Mercurio*, además contó con importantes apoyos tanto en Estados Unidos como en el Ejército. Al comienzo nació como un movimiento civil con destacados dirigentes como Jaime Guzmán, pero rápidamente devino en un grupo paramilitar con tres mil miembros. Organizaron atentados provocando varios muertos, cortaron las conexiones del país y generaron apagones. El resto de la oposición política de Allende, incluyendo a la Democracia Cristiana, mantuvo reuniones con ellos y marchó juntos a ellos.

Otra organización clave en la trama civil fue el Partido Nacional. El PN fue más hostil que la Democracia Cristiana y se encontraba al medio de las posiciones de ella y Patria y Libertad. A mediados de 1972, el partido derechista incluso abandonó sus corrientes liberales y se presentó al país exclusivamente desde la defensa de la “chilenidad”. Este partido tres meses antes del fin de la democracia chilena señalaba que Allende había perdido su legitimidad. Asimismo, en los momentos álgidos de 1973, ni siquiera rechazó públicamente los intentos fallidos de golpe de Estado.

El libro también es un aporte para entender por qué en su último discurso el presidente Allende no solo culpabiliza a los militares, sino que también a un sector de los profesionales. En ese sentido, el primer año las relaciones con los colegios profesionales fue cordial, pero ya a mediados de 1972 estaban quebradas. El primer conflicto fue con el Colegio Médico, una organización que Salvador Allende había ayudado a fundar y que había presidido. Ese mismo gremio en agosto de 1973 le exigía la renuncia al presidente de la República.

En cuanto a las grandes asociaciones empresariales, ellas además de comandar grandes actos de sabotaje económico, mantuvieron una línea antidemocrática durante los mil días de Allende. La Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), que dirigía Orlando Sáenz, en mayo de 1972 transmitía que no se podía descartar un golpe y al igual que los conspiradores militares, mantuvo estrechos vínculos con la dictadura de Brasil.

Hasta antes del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, ex ministro del Interior del presidente Frei Montalva, la facción de derecha de la decé era minoría. La falange criticó al gobierno por no disolver inmediatamente los grupos armados y por haber dañado la honra del dirigente. Allí se comienza a concretar el abismo entre la DC y el gobierno, y, por ejemplo, se rompe el acuerdo de alternar las presidencias en las cámaras del Congreso entre parlamentarios oficialistas y la falange.

Según Amorós, en junio de 1971 el centro político se resquebrajó en ambos sentidos. Nacieron dos organizaciones políticas que produjeron un vacío en el centrismo. Por un lado, emergió la Izquierda Cristiana que emigró de la DC y por otro, la Izquierda Radical, que contrario a lo que podría indicar su nombre, abrió alianzas políticas con el Partido Nacional.

En relación con lo económico, 1971 fue el único año en que la Unidad Popular pudo gobernar con estabilidad. En términos sociales y políticos, el gobierno solo conoció la paz en sus primeros ocho meses de gestión. En septiembre de 1971, Patria y Libertad ya indicaba que la solución era un golpe, entre otras cuestiones, decían que el gobierno de Allende era incompatible con la libertad de Chile.

El libro también retrata cómo a fines de 1971, creció la crispación social. El poder femenino implosionó con la marcha de las “cacerolas vacías” y a esas alturas las diferencias sobre la constitución del Área de Propiedad Social era una diferencia insalvable entre la DC y la Unidad Popular.

En agosto de 1972 se forjó la Confederación por la Democracia (CODE) que declaraba que “ya no existe verdaderamente democracia” o “Allende solo persigue instaurar el totalitarismo”. Posteriormente con la huelga de octubre, la lucha de clases no hizo sino desnudarse. En ese momento, la Unidad Popular se alejó del grueso de las clases medias.

Según Amorós, a pesar del intento fallido de golpe del 29 de junio de 1973 conocido como “el tanquetazo”, en julio la DC tenía un discurso muy similar al Partido Nacional, la diferencia estaba en las soluciones que le ofrecían al país. A esas alturas, parlamentarios demócrata

cristianos y el propio Frei reconocían en privado que estaban por la opción de resolver el conflicto a través de las armas.

En la última parte del libro, el autor se dedica demostrar como la jerarquía de la Democracia Cristiana no solo apoyó el golpe, sino que inicialmente apoyó con reservas la dictadura de Augusto Pinochet. Su apuesta inicial era influir en la arquitectura y la Junta Militar para que ella solo fuese un período de transición hacia una nueva democracia.

Finalmente, el autor plantea que la oposición se ennegueció por su anticomunismo y nunca pudo comprender la particularidad del gobierno de Salvador Allende que desde un principio se pensó como una vía distinta a al socialismo soviético o cubano. Con el pasar de los años, algunos protagonistas del período como Patricio Aylwin admitieron que no había sustento alguno para pensar en la instalación de un totalitarismo allendista.

El autor confronta el mito de la permanente inconstitucionalidad del presidente Allende a través de demostrar que sus pugnas con el Tribunal Constitucional no fueron anormales. Aun cuando Amorós cumple con el propósito de desentrañar la trama civil contra Allende, uno de los vacíos de la obra es que hizo falta reseñar mejor los actos administrativos y los resquicios legales que permiten que todavía un sector importante de las y los chilenos esté convencido no solo de que Allende fue víctima de un golpe de Estado, sino que también que él en su gestión cometió atropellos y actos arbitrarios.

Por último, la combinación armoniosa de la pluma histórica y periodística probablemente hubiese quedado mejor equilibrada con un epílogo que recogiese el tenor de la introducción. De esta manera, el libro hubiese concluido con un cierre más reflexivo y analítico.